

## MOMENTOS SUBLIMES

“La sinceridad es fácil cuando uno ha triunfado o perdido todo” , opinó uno de los que nos refugiábamos cerca de la fogata del páramo de La Culata, a diez bajo cero. Celso, guía de la excursión no hizo caso y prosiguió, “contaré entonces el momento más sublime de mi vida...”. No recuerdo mucho de su historia, sobre un reencuentro con un ser querido. Luego Andrés dijo que en vez de referirse a una prodigiosa operación de cirugía que había salvado la vista a un niño, nos contaría del mueble que había fabricado en una clase con los hermanos de La Salle. “Aprendí que la excelencia proporciona felicidad y justifica los sacrificios” fue su comentario. Le tocó a Elías, y dijo que su momento sublime fue abrazar unos primos que sobrevivieron persecuciones nazis . El austriaco se refirió a como en una nevada prodigiosa, se refugió en una concavidad en una pared. Cuando más tarde buscó el lugar... no lo encontró, porque la pared era completamente lisa. La botella de brandy (quizás la segunda) me había llegado varias veces cuando me tocaba mencionar “el momento más sublime de mi vida”. El cielo estaba completamente despejado en La Culata, lo cual explica el frío que sentíamos. No había ninguna luz de ciudad cercana y nos hundíamos en la profundidad entre miles y miles de estrellas, unas cercanas, otras apenas centelleando, y algunas cruzando elegantemente los espacios ¿infinitos?. Volví a tomar de la botella y empecé....

“Era una mañana , calurosa cuando dejamos los Jeeps, y ahora cada vez más fresca , a medida que subíamos por aquella intrincada quebrada de la Serranía de Trujillo. La vegetación de la selva en esa montaña adjunta a Los Andes era indescriptible. Plantas de mil especies luchaban por llegar a las alturas y conquistar su nicho, procurando relaciones de provecho con plantas, insectos, pájaros y otros seres.

El agua golpeaba las piedras con una frecuencia y sonoridad melódica, cada vez única y especial . Si Bethoven hubiera subido conmigo, algo muy superior a la novena sinfonía conoceríamos hoy día; ¡y muchas guerras se hubieran evitado!. De vez en cuando me llegaba el lamento de un pájaro arriba, contestado por otro más lejano. Quizás de una pavita de la montaña. Sentía el susurro de extraños habitantes, escondidos tras ramas, troncos, bromelias, rocas y espesura. ¿Cuántas serpientes me estarían observando, y dantas, chiguire, picures, lapas, monos?. Me pasaron dos mariposas azul iridiscente. Continuaba subiendo ágilmente por las rocas en el agua, superando curvas y cascadas. Detrás, a distancia me seguían otro geólogo y cuatro obreros con sus machetes desplegados. Sería por mi afán de cruzar el primero aquellos paisajes prístinos, antes que se ajaran por ruidos y miradas, que yo iba más rápido que los demás, deslizándome con el ritmo que me rodeaba, y así llegué a aquella vuelta donde los rayos de sol llegaban al agua, hundiéndose por ranuras del follaje de los altos árboles...*a seis metros escasos vi como tomaba agua placidamente... y yo parado le miraba con una sonrisa.* Nos entendimos él y yo, y el jaguar de buen tamaño y espléndidos colores me agitó la cola y majestuosamente se deslizó por la curva del río, internándose en la selva. Uno de los obreros fue el primero en llegar donde yo permanecía parado. “Señor, Usted no esta esperando porque esta cansado, sino porque algo fue que vio ...¿que sería? . Me reí y le contesté, “Ricardo usted sabe mucho”. Y así terminé mi recuerdo, chispeando la fogata. La Osa Mayor apareció con su sequito en La Culata, y Andrés sacó una botella de Rioja. “Algo memorable para tu historia”. Recuerdo como la tomamos con la sopa, pan y queso. ¡Y siempre hay un momento sublime!

Jon Sanjuan Etxebarrieta, 17 Nov 2007